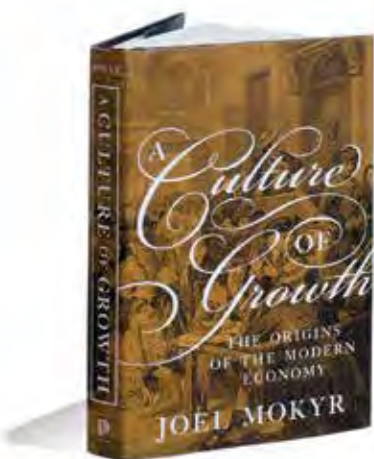


La cultura en las raíces del crecimiento



Joel Mokyr

A Culture of Growth

The Origins of the Modern Economy

[Una cultura del crecimiento: Los orígenes de la economía moderna]

Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2017, 400 págs., USD 35 (tapa dura)

Esta obra de Joel Mokyr da a la cultura un rol protagonista en el rápido crecimiento económico e industrialización que trajo la Primera Revolución Industrial y que desde entonces se ha mantenido en Europa occidental. El autor insiste en que el motivo por el que el cambio generador de crecimiento se dio en Europa y no, por ejemplo, en China, fue un determinado tipo de cultura. El significado de esa cultura y lo que la hizo diferente en Europa constituyen el objeto de este provocador análisis.

Mokyr sugiere que la Ilustración y la Revolución Industrial no fueron acontecimientos exógenos, sino consecuencias de un cambio de actitudes (que llama “cultura”) en Europa occidental. Se produjeron durante dos siglos, entre 1500 y 1700; un período que trajo consigo la confianza en que la gente podía usar la ciencia para controlar su destino y, especialmente, el mundo natural.

La Ilustración, que comenzó a finales del siglo XVII y se prolongó hasta el XVIII, propició una búsqueda de “conocimiento útil”, es decir, ciencia y tecnología, que dio lugar al dominio permanente y sostenido de las fuerzas de la naturaleza.

Impulsando este proceso había dos figuras prominentes, Francis Bacon e Isaac Newton, que transformaron el pensamiento en Europa occidental y más tarde en el mundo entero. “El objetivo real y legítimo de las ciencias es dotar a la vida humana de nuevos descubrimientos y recursos”, escribió Bacon. El impacto de Bacon y sus seguidores en la Ilustración fue fundamental para crear la convicción de que la “investigación natural” a través de la experimentación es esencial para el crecimiento económico y el bienestar humano. La contribución de Newton consistió en demostrar que las “reglas” de la naturaleza podían identificarse, desvelando así los misterios del mundo natural. Bacon y Newton alteraron el pensamiento de su época porque la competencia de ideas en el mercado permitió a las suyas “divulgarse, y con ello, cuestionarse, corregirse y complementarse”, afirma Mokyr.

¿Pero cómo llegaron y se expandieron estos cambios culturales en el período de cambio fundamental en Europa? ¿Cómo se pasó de la Ilustración a la Revolución Industrial, que, a su vez, fue el principio del crecimiento sostenido? Mokyr pinta como telón de fondo la mejora de la navegación y la construcción naval, lo que expuso a Europa a nuevos productos e ideas (globalización temprana), y de la prensa escrita, que redujo el costo de las comunicaciones y aumentó los beneficios de la alfabetización. Estos acontecimientos abrieron la mente a nuevas ideas y maneras de pensar y redujeron el apego a las viejas. Además, estos cambios se vieron favorecidos por la ausencia de una única autoridad central en Europa, la libertad individual, la aplicación del derecho de la propiedad y la competencia en el mercado de bienes materiales e ideas. Las nuevas ideas impulsaron, entre otras cosas, los avances en ciencia y tecnología que ahora conocemos como la Revolución Industrial y que culminaron en el crecimiento económico sostenido.

Mokyr muestra entonces que, si bien es útil buscar por qué sucedió algo, también lo es analizar por qué no sucedió, y usa el ejemplo de China como contrapunto del rápido desarrollo europeo de la cultura del crecimiento. Aunque China había sido al menos tan avanzada tecnológicamente como Europa, si no más —y, desde luego, más alfabetizada—, no había producido nada como la Revolución Industrial. Mokyr atribuye el lento progreso en China a factores como la veneración de la literatura clásica china, un gobierno centralizado que desalentaba la competencia entre regiones o la designación de los altos cargos del gobierno en función de los conocimientos en literatura china en lugar de ciencia y tecnología. Todo ello generó incentivos que propiciaron buenos resultados en otras áreas de la cultura china, pero no estimuló las ideas y acciones asociadas a una revolución industrial. Mokyr concluye así: “Parece erróneo tachar la experiencia china de ‘fracaso’. Lo que es excepcional, e incluso único, es lo que ocurrió en la Europa del siglo XVIII”.

Estos acontecimientos redujeron el apego a las viejas ideas.

Este libro es el último ejemplo de la habilidad de Mokyr para explicar cuestiones complejas, ilustrando su amplia tesis con una miríada de detalles fascinantes. Escribe con claridad: resulta entretenido al lector general y al especialista en historia económica. Esta obra es una lectura obligatoria para quien esté interesado en cómo la sociedad occidental ha llegado hasta donde está y lo que implica para la expansión de la tecnología en la economía global del futuro.

Barry R. Chiswick

Profesor de Economía y Asuntos Internacionales,

Universidad de George Washington